

INTOLERANCIA ANTE LO INTOLERABLE

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Sabino Fernández Campo *

La Ética en la vida económica es un tema lleno de interés y actualidad al que esta Real Academia presta atención especial a través de algunas intervenciones destacadas. Constituye un honor para mí aportar una más, aunque conozca muy bien el contraste que con aquéllas puedan significar las modestas consideraciones que, bajo el título *Intolerancia ante lo intolerable*, hoy pretendo formular sobre una situación un tanto alarmante.

Una situación que altera los planes económicos trazados técnicamente, los estudios, doctrinas, conclusiones y esperanzas que en esta materia puedan existir, así como la confianza de los ciudadanos, si no se cuenta con el factor de distorsión que la falta de ética en los comportamientos de los hombres introduce en todas las previsiones.

No voy a pretender, ni mucho menos, abordar temas económicos concretos que están lejos de mis posibilidades y que sorprenderían a los ilustres economistas pertenecientes a esta Real Academia, que nos han proporcionado y nos proporcionarán interesantes y documentadas lecciones.

Trataré simplemente de reflexionar sobre condiciones morales y éticas, que si bien afectan a tantos aspectos de la sociedad, conviene reforzar con respecto a las actividades económicas, para contribuir, en conjunción con otras medidas técnicas y legales a corregir un panorama que a todos nos preocupa.

* Sesión del día 26 de noviembre de 2002.

Vivimos tiempos en que se manejan palabras señeras que están en boga, porque también a las palabras puede afectar la moda de cada momento.

Democracia, libertad, justicia, paz, tolerancia... resuenan constantemente con poderoso acento, sin que parezca necesario analizar con detenimiento su contenido y definirlo con precisión y rigor. Se da lugar en ocasiones a que se produzca el fenómeno de la rebelión de las palabras para conseguir que por sí mismas alcancen una realidad superior a su significado exacto y se independicen de él. Palabras que no representan una idea, sino que llegan a convertirse en idea. Y esto que parece una paradoja, no lo es en verdad, porque frecuentemente llegamos a pensar más con palabras que con ideas.

Se ha dicho que el lenguaje ha creado al hombre más que el hombre al lenguaje. Y esto puede ser cierto, aun en el aspecto religioso, cuando en el Génesis el Verbo aparece como fundamental al describir la creación del mundo. La potencialidad de pensar descansa, en último extremo, en el lenguaje con el que se ponen de relieve los elementos del pensamiento.

La tolerancia es una palabra importante y lo es también como idea, como comportamiento y como norma de conducta. Es un sentimiento admirable y un signo de civilización que no se limita a la materia religiosa, sino que se extiende a la generalidad de la conducta en la vida.

Tengo siempre presente la frase de quien afirmaba: *«no coincido en absoluto con ninguna de las ideas que usted expone; pero daría la vida porque pudiera seguir exponiéndolas en libertad»*.

Los sufrimientos, los años y también nuestra propia manera de ser, nos van enseñando a condescender cada vez en más aspectos, porque el que confía en la ley y la justicia eternas, aprende a ser tolerante en este mundo. Con el tiempo y la fe nos vamos dando cuenta, en efecto, de la temporalidad de las actitudes, de las posiciones y de las conductas, y comprendemos que a fuerza de paciencia, de sacrificio y de tolerancia se llega a descubrir todo lo que hay de bueno en el hombre y la necesidad de que se nos juzgue con la misma medida, pues *«una de las primeras virtudes sociales y humanas es tolerar en los otros lo que uno debe prohibirse a sí mismo»*.

La definición de la tolerancia como respeto y consideración hacia las opiniones y las acciones de los demás aunque estén en contra de las nuestras, deja, sin embargo, abierto el camino de variadas interpretaciones y de aplicaciones que

es necesario matizar. Habría que distinguir en primer término, precisamente entre las opiniones y las acciones, entre las ideas y su manifestación efectiva y práctica, pues sus consecuencias no tienen la misma trascendencia real. Pero, en uno u otro caso, opiniones y acciones, pueden ser rechazadas, no sólo porque repugnan nuestros propios conceptos personales, sino cuando están abiertamente en oposición con principios éticos fundamentales. Aparece entonces una legítima subversión porque, como decía Balmes, *«no es tolerante quien no tolera también la intolerancia»*.

Y en verdad, aunque sea opinar un poco contra corriente, hemos de reconocer que la palabra intolerancia, que suele merecer un juicio negativo, es también un concepto importante en los tiempos que corren.

Recuerdo que en una conferencia que en esta Academia pronunció nuestro compañero Alfonso López Quintás, afirmaba que es preciso y urgente abrir paso a la idea de que *«no todo vale»*. En los distintos aspectos de la vida humana hay que cumplir determinadas condiciones básicas, observar ciertos principios, sacrificar y dominar los impulsos malignos que no pueden ser admitidos por los demás porque van en contra de los intereses de la comunidad o se apartan abiertamente de unas normas fundamentales. Hemos de movernos en el ámbito de la moral y de la ética, aunque no nos concretemos a conceptos religiosos, que sólo a quienes los sentimos pueden condicionar.

Por eso no es lícito ser tolerante con lo intolerable, porque nadie tolera cualquier cosa y ser tolerante es, en definitiva, saber en qué se es intolerante, pues en el fondo vivimos en sociedades que buscan dónde están sus puntos de intolerancia. El fin no justifica los medios, sobre todo cuando éstos no son lícitos y no lo es tampoco el fin. Hay que establecer fronteras, hay que señalar límites objetivos, hay que definir criterios que superen a los que nosotros mismos podamos sustentar. Tiene que haber un marco dentro del cual el ejercicio de la tolerancia sea posible y conveniente, como símbolo de respeto y de comprensión. *«No tengáis intolerancia más que cuando os halléis frente a la intolerancia»*, decía Taine. Pero yo me atrevería a añadir: O también frente a lo intolerable.

Como afirmaba Ortega: *«La lucha contra un enemigo a quien se comprende es la verdadera tolerancia»*. Pero cuando comprendemos que las opiniones o las acciones de ese enemigo son intolerables tenemos que ejercer la intolerancia.

Vivimos tiempos en que más que nunca es preciso ejercer la tolerancia pero también la intolerancia.

Aquella produjo en España los mejores efectos para lograr en nuestra reciente historia una difícil transición política en la que cada uno hubo de sacrificar una fracción de sus propias convicciones. Todos tuvieron que ceder y tolerar las opiniones contrarias: los vencedores y los vencidos de la guerra civil; los que permanecían en el poder o podían intentar ejercer la violencia para sostenerlo y los que pensaban tener la razón para introducir cambios profundos y radicales rupturas; los aferrados al pasado y los que por su juventud sólo tenían ideas lejanas, aunque muy vivas, de una tragedia que trastornó la vida española.

Con la tolerancia se logró el consenso y el tránsito hacia una situación democrática, que es necesario perfeccionar y robustecer cada día, practicando también la comprensión, la serenidad y aquella misma tolerancia que resultó tan eficaz. Pero también podemos contemplar ahora situaciones frente a las cuales hay que mostrar la más absoluta intolerancia.

Y este sentimiento rotundo que a tantos aspectos se puede aplicar, alcanza ahora un nivel destacado en lo que afecta a la economía.

A veces, sin ser un filósofo, se puede pronunciar una frase que contenga una profunda filosofía. Y así, me atrevo a recoger la de un conocido humorista que afirmaba: *«En la vida hay cosas mucho más importantes que el dinero. Pero hace falta mucho dinero para conseguirlas»*.

Este pensamiento puede servir de inspiración a muchos componentes de la sociedad actual, en el mundo entero. En este aspecto atravesamos momentos en los que, empleando una expresión de exquisita prudencia, pudiéramos calificar de inquietantes. La sorpresa por el escándalo de cada día tiene la ventaja de hacer difuminar rápidamente la sorpresa del día anterior, y los españoles concretamente estamos ofreciendo el ejemplo de una notable capacidad para asimilar lo indignante. Esto resulta, por lo menos, tranquilizador, aunque la inquietud no pueda abandonarnos ni la indignación ante lo intolerable sea superada.

Si parece ser que a juicio de algunos, más importante que el dinero es el poder, el lujo, la influencia, la vida muelle y confortable, los placeres de toda clase, hay que reconocer que todo esto no se recibe gratis. Hay que disponer de muchos millones para conseguirlo. Y es necesario también conseguir esos millones.

Hay un libro de un autor americano, Bret Easton Ellis, titulado *American Psycho*, cuya publicación hace algunos años provocó un gran escándalo y desató multitud de polémicas, que con una exageración caricaturesca, reflejó la locura que

puede desatar una ambición sin límites y un afán por conseguir bienes materiales en interminable progresión que conduce a una verdadera distorsión de la persona y la hace capaz de llegar, en ese camino insaciable, a los extremos menos imaginables. Porque después de conseguir, por los medios que sean y en el tiempo más breve posible una posición privilegiada, surge un sentimiento de competencia que pretende tener el barco de recreo de mayor eslora, las mejores residencias, el coche más rápido y lujoso o realizar los viajes más exóticos, para superar el de los amigos o conocidos con los que esos enloquecidos individuos se relacionan. Ya nada es suficiente. Hace falta más y más, sin límite alguno y a costa de las conductas delictivas más exageradas.

No es cosa de aducir ejemplos en España, más o menos recientes, que en lo económico nos han sobresaltado y que todos imaginamos sin que sea necesario, porque tampoco sería procedente, explicitar nombres y ocasiones.

Pero lo cierto es que en el mundo entero las cuestiones económicas se han visto afectadas por la falta de ética de algunos destacados dirigentes de entidades importantes, que pasaban por ejemplarmente poderosas.

Los acontecimientos que se han producido en el mundo de las grandes empresas han levantado la alarma y generado la duda en la gestión de los gigantes. La solvencia ha desaparecido y la gran estafa no sólo ha afectado a los modestos accionistas, y a quienes sin estar en lo más alto confiaban en el acierto, la solvencia y la ética de los que figuraban al frente de las poderosas empresas, sino que han desatado la desconfianza en el mundo entero, repercuten en las bolsas y ocasionan perjuicios económicos sin cuento, directa o indirectamente a un sin fin de personas, que se han visto afectadas, mientras los altos directivos se enriquecían y se blindaban en proporciones inconcebibles.

Los sensacionales escándalos contables llevan a la mayor desconfianza y si el Presidente norteamericano, ante la grave situación, se propone actuar con energía contra los empresarios que falsifiquen balances o actúen de forma intolerable en el aspecto económico y financiero, no faltan opiniones de que, como en la parábola evangélica, es difícil atreverse a lanzar la primera piedra si no se siente libre de pecado. La ejemplaridad en las alturas es siempre ineludible y si el ejemplo es condenable, también lo son las consecuencias. Como decía no hace mucho el titular de un periódico español, *«La ética también cotiza»* y el grado de desconfianza y el descrédito influye negativamente en las bolsas internacionales y consiguientemente en la española.

También en España el Gobierno siente la natural preocupación y se propone elaborar un código de buena administración en la Empresa. Sin embargo, es necesario no excederse en el control. No desatar una «caza de brujas», como se ha dicho recientemente, ni establecer regulaciones exageradas para evitar escándalos contables futuros. Tan malo es quedarse corto en este aspecto como pasarse en exceso.

Lo que es preciso crear, en éste como en tantos aspectos de la vida actual, es un ambiente ético y una moralidad insobornable, en un clima de responsabilidad.

No podemos extender la tolerancia a esos supuestos o a esas realidades que pueden ir contaminando lentamente a todo un pueblo y extendiendo la inquietud, la desconfianza y la desilusión.

Necesitamos una purificación, una verdadera revolución pacífica y civilizada, inspirada por la cultura, la justicia y la ética. Una revolución en la que nos mezclamos los viejos y los jóvenes.

Afirmaba Proudhon que *«quien dice revolución dice necesariamente progreso y dice también, por ello, conservación. De ahí se sigue que la revolución está permanentemente en la Historia y que, hablando con propiedad, no ha habido varias revoluciones, no ha habido más que una y la misma revolución a la que debemos incorporar en cada nueva etapa»*.

Y añadía que *«el preliminar obligado de toda revolución es una liquidación general, para observar lo que debe conservarse y lo que es imprescindible variar o eliminar»*.

Pero esta liquidación ha de entenderse en el sentido de pararse a reflexionar; de señalarse nuevos caminos, sin prescindir de los aprovechables; de ejercer la tolerancia en muchos casos y la intolerancia ante lo intolerable.

Es necesario el balance, el inventario, el análisis, el nuevo proyecto. Ortega y Gasset sostenía que *«el verdadero revolucionario lo que tiene que hacer es dejar de pronunciar vocablos retóricos y ponerse a estudiar economía»*.

Con toda la importancia que sin duda tiene la ciencia económica, es muy probable que en los tiempos actuales y precisamente por eso, don José hiciera referencia también a la necesidad de dedicarse a estudiar procedimientos éticos y fac-

tores morales para apoyar en ellos una verdadera revolución que habría de extenderse al mundo de la economía.

Una revolución sin sangre, sin violencia, pero una revolución profunda, de transformación de nuestra mentalidad, de nuestra conducta, de nuestra actitud ante la vida. Una revolución que hay que emprender con osadía, sin la cómoda resignación de que las cosas no tienen remedio, ni el desánimo sobre el futuro que nos aguarda.

Una revolución hecha entre todos, luchando contra las ideas opuestas, pero admitiéndolas y comprendiéndolas, aprovechando de ellas cuanto sea constructivo y lícito, que es donde estriba la verdadera tolerancia, propia de las almas robustas.

Todos estamos llenos de debilidades y de errores. Disculpémonos recíprocamente, porque esta es la primera ley de la naturaleza; pero tratemos todos de superar errores y debilidades en nosotros y en los demás. *«Si hubiera que tolerar a los otros todo lo que uno se permite a sí mismo, la vida sería insoportable»*, afirmaba un pensador.

Frente a las grandes responsabilidades en puestos elevados es preciso *«quemar las naves»*, entregarse a aquéllas plenamente, sin tratar de acumular bienes para conseguir en el futuro una seguridad material.

Es fácil tolerar las ideas y las opiniones que no nos perjudican directamente. Pero es más difícil disculpar la vanidad, la necedad y las desenfrenadas ambiciones que nos rodean. El ser tolerante no excluye, sino que se apoya en el reconocimiento de aquello que toleramos. Porque debemos distinguir la tolerancia de la tontería y hasta de la comodidad.

Hay factores esenciales de esta virtud que le sirve de apoyo y de fundamento, como son la educación y la cultura.

«La educación es para el espíritu lo que la gracia para el alma». Sólo las personas que han recibido educación son libres, porque ser educado supone una superación ética de los instintos.

Pero una revolución también, por la que apliquemos la intolerancia contra las ambiciones desenfrenadas, contra la corrupción, contra las ansias de enriquecimiento cuantioso, rápido e inexplicable, sin reparar en medios ni sentir escrúpulos de conciencia.

Hay un antiguo proverbio ruso que dice: *«El hombre que hace su fortuna en un año, debería ser ahorcado doce meses antes»*. Tengámoslo presente, aunque los tiempos hayan cambiado en cuanto a la intensidad en el rigor de la pena.

Hay pocas cosas en la vida que compensen tanto como la satisfacción del deber cumplido, la tranquilidad de conciencia de no temer el castigo por una mala acción o la responsabilidad por haber cometido una injusticia, ni sufrir la inquietud que produce una culpa.

Es preciso avanzar paso a paso, con la lentitud que exige la prudencia, pero con la decisión que la vida requiere; con la ineludible corrección de los métodos; con la honradez que siempre encuentra premio aunque el éxito no se produzca espectacular y materialmente, en condiciones desmesuradas y en plazos mínimos.

Pero es necesario emprender, desde luego, una campaña de regeneración, que refuerce el valor de la ética y de la moralidad.

La cultura contribuye, en efecto, a crear un ambiente que rechaza las actividades intolerables por las cuales, si unos se enriquecen extraordinaria y rápidamente, la mayoría sufre las consecuencias económicas que originan perjuicios y extienden la alarma.

Pero no todo se consigue con la educación y la cultura, si no se combinan estos factores con el temor de las sanciones, con las consecuencias de la rigurosa aplicación de la justicia en plazo breve y sin excepciones ni privilegios; sin prescripciones, excepciones o suavización de las penas merecidamente impuestas. Hay que convencer y convertir en honrados a los insaciables ambiciosos y a los desaprensivos profesionales, a los defraudadores y a quienes se aprovechan de la situación que les proporcionan sus elevados puestos en el mundo de las finanzas, de la política o de las actividades económicas; a los que obtienen informaciones privilegiadas y se aprovechan de ellas; a los que tienen que afrontar el riesgo de graves sanciones por medio de las cuales se les impondrá la necesidad de reintegrar el importe de lo defraudado y de cumplir con rigor las condenas que se les impongan, sin que su situación económica —conservada tal vez a pesar de todo— les permita llevar en prisión una existencia más confortable que los otros.

Nunca resulta agradable imponer sanciones enérgicas, incluso a quienes se hacen acreedores de ellas, pero es preciso convencerse de que el castigo beneficia a cuantos inocentes pueden ser víctimas de estafas, engaños y manipulaciones intolerables.

Hablaba al principio del valor de las palabras y hemos de reconocer que si la tolerancia encierra un concepto favorable y se recomienda su utilización, la intolerancia, es por el contrario un vocablo antipático que parece marcar a quienes lo practican con un signo negativo y censurable.

Pero no hay más remedio que mostrarse intolerable con lo que no se puede tolerar, porque constituye un escándalo y un perjuicio generalizado que, además, desata la desconfianza y el recelo, extensible incluso a los supuestos que no lo merecen, pero que producen una distorsión en la sociedad al fundirse por ignorancia lo incorrecto y lo correcto y hasta lo legal con lo inmoral.

¿De qué sirve que a través de escándalos financieros puedan obtenerse beneficios económicos temporales que permitan a los autores vivir fastuosamente en creciente ambición, pero expuestos a satisfacer sus deudas con la sociedad?

No hay nada que pueda compensar el permanente riesgo, la inseguridad constante, el peligro latente de sentarse en el banquillo de los acusados o ingresar en prisión y sentir que se desploma el prestigio y la fama como consecuencia de unos actos intolerables. Personajes que aspiraron sin freno a obtener la admiración y el reconocimiento de sus conciudadanos, sin conformarse con la riqueza desmesurada porque deseaba ampliarla aún más y obtener también con ella el máximo poder y la consideración general; personajes destacados de nuestra vida nacional y de todo el mundo, acaban mereciendo el desprecio más profundo y las más graves sanciones, que sería de desear se cumplieran sin excepción, aunque no dejemos de lamentar el mal de los demás.

Ante lo intolerable, resulta muy difícil practicar el generoso sentimiento de la tolerancia.

Tal vez podríamos pensar que en el camino de la tolerancia, al final, está el perdón. En el de la intolerancia, el castigo.

Para llegar al maravilloso sentimiento del perdón, no se puede exagerar la aplicación de la tolerancia, porque la tolerancia no exige soportar situaciones indignas del hombre y un dominio inhumano y despectivo. La crítica a esas situaciones y la lucha para eliminarlas son perfectamente compatibles con aquéllas. Sin esa crítica y sin esa lucha, la tolerancia, como dice Irving Fetscher, se convierte en imperdonable indiferencia respecto al destino del prójimo.

La justicia no exige que los hombres se hagan pasivamente a un lado, mientras otros destruyen sus fuentes de vida. Y no quedamos libres del deber de

impedirlo, cuando otros tienden a actuar con injusticia. Por eso es posible que sea necesario desposeer a la palabra intolerancia de un permanente sentido negativo.

Ante los acontecimientos que contemplamos uno y otro día, cuando se pierde la confianza en la economía, hay que llegar a la conclusión de que el sistema está herido. La economía mundial no podrá recuperarse si no se atajan los escándalos financieros y si no se consigue resucitar unos valores morales que están en crisis.

En esa revolución pacífica pero impecable que es preciso llevar a cabo para introducir la ética en las esferas de las que ha sido eliminada, hay que escuchar ante todo la voz de la conciencia, porque en eso consiste la moral eterna, la moral de todas las religiones, la moral de la vida.

Y hay que contemplar también los ejemplos aleccionadores en los que es preciso reivindicar la intolerancia porque la intolerancia está en muchos casos identificada con la justicia.

Desde un punto de vista práctico, es necesario comprobar cómo la riqueza acumulada a través de procedimientos condenables, al final, no resulta rentable. Pero hay que establecer también las imprescindibles delimitaciones, sin extender injustamente las condenas a quienes no las merecen.

El desmesurado crecimiento de las empresas, de las organizaciones bancarias, de las sociedades que incrementan su volumen con fusiones, ampliaciones y extensión inusitada, es a veces causa de que las dificultades de control sean crecientes; de que exista mucha distancia entre la actuación y la responsabilidad de los directivos y ejecutivos superiores, los intermedios y los inferiores. Y no digamos nada de los pequeños accionistas que tienen la necesidad de confiar en los que llevan a cabo una gestión lejana.

Si, además, se da la circunstancia de que las grandes y renombradas entidades auditoras o fiscales ofrecen fallos destacados en sus investigaciones, el panorama no puede ser más desolador.

En la revolución purificadora, no hay más remedio que combinar la espiritualidad con el temor, el examen de conciencia con el convencimiento de que la riqueza obtenida a través de prácticas condenables, no puede disfrutarse con tranquilidad y con impunidad.

No hay duda de que la conducta ética requiere en ocasiones y para algunos un esfuerzo, un sacrificio, una contradicción con los instintos vulgares, egoístas y materiales del hombre. Pero por eso la revolución necesaria ha de tener una proyección doble y doble objetivo: moralizar la vida económica a través de la reflexión y por medio del castigo a los culpables que perjudican a los que les otorgan su confianza y a la sociedad en su conjunto.

Hace falta una auténtica cruzada anticorrupción, no vaya a ser que dentro del moderno movimiento globalizador, lo que se globalice principalmente sea la corrupción.

Decía Aldoux Huxley que *«educación es formación de hábitos para que los actos que requieren al principio un esfuerzo consciente, lleguen a ser inconsciente y mecánicos»*.

Esforcémonos, pues, en extender la educación para que todos nos habituemos a aplicar instintivamente los valores morales que son la base de unas ideas comunes a todas las religiones y de una ley natural ineludible. Porque la ética no es una exclusiva de la Iglesia, sino de la sociedad en general a la que debe servir de inspiración y de base de comportamiento.

Como dice Victoria Camps, *«la ética no tiene tan sólo una fundamentación religiosa, sino que ha de ser autónoma, basada en opciones humanas, un cúmulo de deberes y obligaciones autoimpuestos y queridos por la propia voluntad. El fundamento de la ética ha de hallarse en razón y esto supone la unión entre la obligación y la voluntad. La ética no es algo totalmente extraño al ser humano, sino un aspecto de su propia constitución»*.

Aunque no sea aconsejable hablar de uno mismo, perdonadme si me atrevo a confesar que estoy muy satisfecho porque, a estas alturas de la vida, mi defensa de la intolerancia en muchos casos y ante nuevas situaciones, no se nutre de la envidia, del odio, del rencor o de un sentimiento de venganza. Es sencillamente que pienso en la necesidad de ser tolerante con las lamentaciones, las protestas y la indignación de los que sufren las consecuencias de las conductas intolerables; con los perjudicados en tantos sentidos; con las víctimas de unas prácticas económicas inadmisibles y de ambiciones que no se sacian nunca.

Si es necesario que la justicia se aplique con intolerancia frente a la intolerable no renunciemos, sin embargo, a un sentimiento de pena y de conmiseración para los que se enfrentan con situaciones dolorosas y se ven derribados de unos pedestales que carecían de consistencia.

Para terminar, os ruego me disculpéis si recuerdo un consejo muy importante, que me ha sido extraordinariamente útil en la vida, aunque parezca en principio que está en contradicción con la defensa de la intolerancia que he pretendido hacer ante lo que no puede tolerarse: responder con el bien al mal que se nos hace.

Cuando te calumnien, te insulten o te agravien, cuando te empujen artatamente para desplazarte, cuando no te defiendan ante la injusticia o la mentira, mantén la serenidad y espera. Espera con paciencia, porque la vida —incluso en esta terrena— establece su sentencia final y pone las cosas en su sitio ante las conductas intolerables.

Entretanto reacciona paradójicamente con amabilidad, simulando ignorar el mal que te han hecho y tendiendo la mano al ofensor. La sorpresa que le causamos al proporcionarle lo que no espera, nos reporta ya una ventaja inicial que le desconcierta y le coloca en situación de inferioridad.

Y esta actitud que en un principio encierra una secreta venganza, una lección sutil, una demostración de nuestra clase y de nuestra categoría que nos sitúa por encima de quien nos ha ofendido, al convertirse en costumbre, nos conduce a ser de verdad buenas personas.

Señor Presidente, Señores Académicos: Muchas gracias por vuestra tolerancia al escucharme y, en todo caso, confío en vuestro perdón.